



INVESTIGACIÓN

Los espacios de transición en la arquitectura habitacional porfirista.

La vivienda burguesa en Mérida

Gladys N. Arana López

Universidad Autónoma de Yucatán, México
gladys.arana@gmail.com

Doctora en Arquitectura por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (UMSNH). Es profesora asociada de tiempo completo adscrita a la Facultad de Arquitectura de la Universidad Autónoma de Yucatán. Ha sido ponente en diversos congresos y seminarios nacionales e internacionales, y autora de diversos artículos y capítulos de libros tanto en el extranjero como en México, entre los que se encuentran "Los Espacios de la Cocina Mexicana al Albor del Siglo XX. La creación alquímica de olores, sabores y texturas" (Colombia), "La celebración del Hanal Pixán en el sureste mexicano. Transformaciones espaciales y simbólicas de un ámbito cotidiano: la vivienda vernácula maya" (Chile), y "Las representaciones de lo cotidiano en la prensa periódica del porfiriismo en Yucatán. Sociedad, ciudad y arquitectura" (UASLP).

Catherine R. Ettinger McEnulty

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, México
creetingerm@gmail.com

Doctora en Arquitectura por la UNAM. Es profesora-investigadora titular adscrita a la Facultad de Arquitectura de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (UMSNH). Ha sido autora de los libros *Arquitectura, contemporánea. Arte, ciencia y teoría* (Plaza y Valdés, 2008), *La transformación de la vivienda vernácula en Michoacán. Materialidad, espacio y representación* (UMSNH/COLMICH, 2010), entre otros; también ha sido coordinadora del libro *Modernidades Arquitectónicas. Morelia 1925-1960, La situación actual de la historiografía de la arquitectura mexicana* (UNAM y UMSNH, 2008), al igual que de otros volúmenes colectivos. Ha dirigido tesis doctorales, de maestría y de licenciatura. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores con nivel II.

Fecha de recepción: 26 de septiembre de 2012

Fecha de aprobación: 22 de febrero de 2013

Resumen

El ser humano crea barreras para conformar un espacio propio. Con la arquitectura se implantan límites y se manipulan las fronteras que definen el adentro y el afuera, así como lo que se entiende como ámbito público y privado. Los elementos que vinculan estos dos dependen en gran medida de la cultura que los crea; y si bien las variables pueden ser muchas, la relación espacio-tiempo, su materialidad y uso, establece condiciones únicas.

Esto último se puede entender fácilmente observando lo ocurrido en las viviendas construidas en el sureste de México durante el periodo comprendido entre la última década del siglo XIX y la primera del XX, ya que debido al mejoramiento de las condiciones urbanas, al uso de nuevos modelos espaciales europeos y en particular a cambios en el sembrado de la vivienda en su lote, se transformaron algunos elementos

—como las ventanas y los puertas— y surgieron otros más —los enverjados, los jardines delanteros y los pórticos—, mismos que delimitaron el entorno público del privado, y fungieron como espacios o elementos de transición entre el adentro y el afuera. De esta manera, de la vivienda virreinal se dio paso a una nueva configuración espacial al mismo tiempo que la ciudad se transformaba.

En particular, este trabajo revisa los cambios en la articulación entre el espacio interior y el exterior en el cambio de siglo en Mérida, enfatizando el vínculo entre estos y la vida cotidiana, y por consiguiente, teniendo presente de forma implícita las influencias extranjeras y las nuevas costumbres sociales aparecidas, o bien, consolidadas durante el periodo estudiado.

Palabras clave: espacios de transición, porfiriato, arquitectura doméstica mexicana

Transition spaces in domestic architecture from the Porfirian period: 1890-1910

Abstract

Human beings create barriers to define space. Architecture establishes limits and manipulates borders to distinguish interior space from exterior areas, as well as the public from the private realm. The elements that link these two domains depend mostly on cultural perceptions: though the variables may be many, the relationship between time and space, materiality and use, establishes unique conditions. This is quite apparent when studying bourgeois houses built in Mérida between 1890 and 1910 by former estate owners from the Yucatán peninsu-

la, then an affluent region of Mexico. The improvement of urban conditions, the influence of European spatial models and in particular the change of house location in urban plots brought about the introduction of new features to define the limit between public and private areas, thus creating transition spaces: these included trellises, front gardens and gates, French doors, and porticoes. Enclosed colonial houses gave way to new, more open configurations, as the city itself was transformed. Domestic space, a manifestation of modernity, revealed the new role of families in society and of family members within households in daily life.

This paper reviews changes in the articulation of interior and exterior space at the turn of the century in Mérida, noting the relationship between spatial transformation and social interaction in the domestic realm.

Keywords: transition spaces, Porfirian architecture, Mexican domestic architecture

Introducción

El principal interés de este trabajo reside en el análisis de la relación entre el interior de la vivienda y el exterior, entendido este último en dos sentidos: el exterior inmediato, el de los jardines y terrazas; y el urbano, conformado por aquel ambiente habitual de la calle. En él se revisa puntualmente el papel material y simbólico de diversos espacios y elementos, objetos de las transformaciones, que bien fueron copartícipes de la consolidación de la articulación entre el ámbito interior y el exterior, planteándose que desde la calle,

las rejas, jardines, ventanas, puertas, terrazas y vestíbulos, fueran elementos esenciales en esta novedosa organización espacial.

Este documento deriva de otro mucho más amplio, cuyo objetivo principal fue el análisis de la relación entre el espacio interior de la vivienda burguesa en Mérida durante el porfiriato, y los usuarios de la misma.¹ Éste se realizó a partir del estudio de ciento cuarenta y dos viviendas edificadas entre los años de 1886 y 1916 en la capital yucateca, mismas que fueron caracterizadas a partir de sus relaciones territoriales, sembrado de la vivienda en el lote, así como su organización espacial general, identificándose al final diecinueve tipos, divididos en cuatro series tipológicas, las cuales derivaron en un grupo representativo o arquetípico, sujeto a ser analizado de una manera más profunda; también, se emplearon fragmentos de diarios, manuales, cartas, revistas, imágenes y muchos otros documentos –todos ellos tratados como vestigios de vida– con la intención de complementar la información recabada en los planos y en la experimentación espacial, para lograr una interpretación y comprensión del espacio en su contexto histórico mucho más apegadas a la realidad.

El problema se aborda a finales del siglo XIX y principios del XX, tiempo en el cual gobernó Porfirio Díaz, y cuya administración buscó equiparar al Estado mexicano con las naciones distintivas de la modernidad material e intelectual de la época, en aquel entonces representada por países como Inglaterra, Francia y Es-

tados Unidos. El general Díaz, al enarbolarse propuestas derivadas del positivismo, inició la reconstrucción y consolidación del país mediante un conjunto de acciones políticas y económicas que impulsaron la modernización en las ciudades capitales de cada una de las entidades federativas. Como consecuencia, a partir de estos cambios la sociedad en general hizo patente nuevas y renovadas necesidades, lo que propició el surgimiento de novedosos géneros arquitectónicos y tipologías edilicias, así como de significativos cambios en la arquitectura habitacional.

Mérida a fines del siglo XIX

Durante los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX, la península de Yucatán fue especialmente privilegiada debido al aumento en el precio y la demanda de la fibra del henequén. Los hacendados o grandes terratenientes dedicados al cultivo del agave se enriquecieron de forma rápida y exponencial, por lo que la ciudad de Mérida, capital de Yucatán, fue el escenario ideal para la moda y la arquitectura de la región. La ciudad, caracterizada desde tiempos virreinales por haber sido habitada en su centro por una población de descendientes españoles, y en su periferia predominantemente por indios y mestizos, inició en los últimos años del siglo XIX un proceso de consolidación de su vocación comercial y de servicios bajo una fuerte influencia europea y norteamericana, rompiendo de una vez y para siempre

1 Gladys Arana, *La Vivienda de la Burguesía en Mérida al Cambio de Siglo (1886-1916). La vida cotidiana en el ámbito privado*, tesis del Doctorado en Arquitectura de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, 2011.

con el patrón del asentamiento establecido siglos antes.

La modernidad estaba en muchas partes, ya no como un espejismo, sino a manera de una realidad cuantificable y tangible. Todo era estimulante, los anuncios que propiciaban el consumo, los alimentos y productos europeos que satisfacían el paladar, la desaparición del miasma urbano que permitía el disfrute de los aromas a plenitud, los vehículos que invitaban al paseo, las bombillas eléctricas de las casas que compartían su luz con la calle, el teléfono que fortalecía relaciones y evitaba los contactos, y el agua que limpiaba pisos, cuerpos y conciencias.

La arquitectura habitacional prevalente en la imagen urbana de la ciudad era hasta aquellas fechas la construida o derivada directamente de las propuestas arquitectónicas virreinales, observándose de manera general al menos dos tipologías: la primera correspondiente a las viviendas habitadas por la clase media y media alta, que presentaban un patrón de distribución espacial a partir de crujeas paralelas a la calle, y se accedía a su interior por medio de un zaguán excéntrico al eje de la fachada principal;² y la segunda, habitada por la clase alta, misma que presentaba sus habitaciones organizadas alrededor de un patio central con arcadas y corredores, al cual también se accedía por medio de un zaguán. Cuando estas casas eran de dos pisos, en la planta baja se encontraban las accesorias y espacios para el servicio, mientras que el ámbito habita-

cional del propietario estaba en la planta alta; sus aplanados eran de cal bruñida, con eventuales rajuelas de piedra, y estaban enteramente pintadas de blanco, color que contrastaba con el labrado de sus portadas.³

Dado el ímpetu constructivo de la época, los ciudadanos yucatecos no se quedaron estáticos ante las propuestas del Estado mexicano, y a pesar de ser fuertes críticos de las decisiones de sus gobernantes, también fueron agentes de esta renovación y deseosos partícipes del cambio, remodelando sus viviendas, o bien, construyendo muchas otras en ámbitos de reciente creación, con la misma advocación europea que caracterizó al equipamiento y a las propuestas urbanas.

Las habitaciones populares y los cuartos para renta se erigieron, densificándolos, principalmente en los barrios, mientras que las viviendas de la incipiente élite se edificaron mayoritariamente en los cuarteles centrales de la ciudad, a la vereda de alguna vialidad recién modernizada (o en vías de serlo), o bien, en la periferia inmediata de algún centro de barrio; otros más, prefirieron invertir en terrenos y construir fuera de la mancha urbana consolidada de la ciudad, como en la calle 60 norte, el Paseo de Montejo y en ámbitos otrora campestres como el del barrio de Itzimná.

La arquitectura habitacional de la renovada burguesía rompió con los paradigmas formales y espaciales precedentes. La casa con patio colonial, en donde las

2 Pablo Chico Ponce de León, "Sitio y arquitectura coloniales", en Universidad Autónoma de Yucatán, *Atlas de procesos territoriales de Yucatán*, Mérida, México, UADY, 1999, p. 339.

3 Raúl Ancona, "Arquitectura Civil en Mérida Colonial", en *Cuadernos de Arquitectura de Yucatán*, núm. 1, Mérida, México, FAUDAY, 1987, p. 39.



La ciudad virreinal vio rebasados sus límites debido principalmente a la conurbación de algunos pueblos y quintas cercanos a la mancha urbana, como fueron los casos de Itzimná, García Ginerés y Chuminópolis, así como por la creación de nuevos entornos con características modernas, muchos de los cuales poco a poco fueron ocupados por las clases sociales con un alto poder adquisitivo. Plano base, ciudad de Mérida, 1912. Elaboración: Gladys Noemí Arana López (GNAL), 2010

actividades cotidianas tenían efecto detrás de gruesos muros, fue reemplazada por nuevos esquemas; más allá de las modificaciones formales, las viviendas invirtieron sus partidos arquitectónicos, estableciendo una dialéctica muy particular y novedosa entre interior y naturaleza, la ciudad y el hogar, y el espacio público y privado, mismo que definió su distribución de acuerdo a los usos cotidianos de la modernidad.

Entre las principales características de estas viviendas se encontraba su sembrado en el lote, así como el porcentaje de ocupación de la superficie. Por una parte, las casas se empezaron a construir remediadas del paramento de la calle o completamente aisladas, y por el otro, debido a la reducción del tamaño del terreno que en los nuevos ámbitos urbanos se dieron; el porcentaje de ocupación se incrementó alcanzando rangos entre 50 y 60 por cien-

to, hecho que consecuentemente impactó en el porcentaje del área abierta. Otra condición que se modificó radicalmente, fue la relación entre el área construida abierta en relación con la cerrada, aumentando esta última considerablemente.

Formalmente, las nuevas fachadas tenían elementos decorativos tales como las mansardas, copones, racimos irregulares, balaustradas, acodos, dentículos, remates, cartelas y medallones, guirnaldas, florones, roleos y follaje muy sinuoso, ménsulas y modillones, así como estilizaciones vegetales o animales, cabezas, bustos o figuras humanas, objetos que si bien se relacionaban cotidianamente con las inquietudes proyectuales, no necesariamente iban de la mano con la factibilidad de adquisición o producción.

Muchos espacios novedosos se presentaron en los proyectos de las viviendas, unos surgieron, otros se subdividieron,



Residencia de la familia Peón de Regil, Mérida, Yucatán.
Fotografía: GNAL, 2010



Residencia de la familia Montes Molina, Mérida,
Yucatán. Fotografía: GNAL, 2010

otros más se fusionaron, redefinieron, se hicieron funcionales o se racionalizaron. Entre los más recurrentes se encontraba el vestíbulo –en sustitución del zaguán–, la sala como espacio con funciones explícitas, el comedor, las bibliotecas o despachos, el *fumoir* y la capilla, así como el salón de juegos, un salón de dibujo y costurero, y recámaras específicas para cada miembro de la familia.⁴

La casa era un asunto de familia, y para la burguesía era particularmente el

4 Todas las viviendas contaban con un espacio destinado a vestibular la relación entre la calle y la casa ocupando el lugar del zaguán. Lo mismo ocurría con la sala, mientras que en lo referente a las áreas sociales explícitas (como los salones de baile) únicamente en encontraron en 3 viviendas (14%). Todas las casas tenían un espacio destinado al comedor y en 95% de ellas había áreas consolidadas para las cocinas. Las bibliotecas y los despachos estaban presentes en 18% de las casas; sin embargo, 23% de estas compartían espacio entre sí; 9% de las casas tenían salón de juegos, 32% costurero, 9% fumador y 18% capilla. Todas las casas contaban con un área privada, 55% de esta área estaba dividida por tipo de usuario (cuando había recámara de la señora de la casa, la recámara principal era ocupada por el señor), en caso de que no existiera esta diferenciación (45%) ésta era el dormitorio conyugal; las recámaras de los hijos estaban divididas en 41% por sexos, mientras que el restante 59% los espacios no estaban diferenciados entre sí. Los cuartos para las visitas (regularmente una) sólo se encontró en 27% de los casos. Los espacios para la servidumbre eran fácilmente distinguibles en 65% y de estos se encontraban diferenciados según género en 46% de los casos. Las áreas de aseo se identificaron en 91% de las viviendas. Los espacios accesorios, como son las bodegas, las cocheras y demás, estaban en 59% de las residencias.

punto de reunión por excelencia; encarnaba la ambición de la pareja y representaba su éxito. Bajo este contexto, tener una vivienda (de preferencia una nueva) era algo prácticamente obligado, y para ello se debía de elegir cuidadosamente el sitio en donde se edificaría ésta, así como el lenguaje arquitectónico a emplear. Desde la calle, los cambios más notables se observaron en aquellas edificaciones realizadas para las familias de la élite y la alta burguesía. De forma volumétrica, formal y espacial, la arquitectura se veía diferente pero también se hacía y consecuentemente se vivía de otra manera.

Así, las casas burguesas recién edificadas rompieron con todos los patrones arquitectónicos conocidos en aras de la materialización de un espacio privado incipientemente confortable, con un sutil racionalismo funcional y una denodada nostalgia aristocrática. Poco a poco, la tipología habitacional con patio central y vivienda en cinta fue sustituida por nuevas casas construidas alejadas de la calle, separadas de sus linderos y con desplante central. En ese sentido, la separación del adentro y del afuera, así como la definición de los ámbitos público y privado requirió del apoyo de muchos elementos materiales para poder consolidarse, encontrándose entre éstos las ventanas y las puertas, los enverjados de hierro, los jardines delanteros y los pórticos o terrazas.

Las rejas a la calle: control de lo propio y continuidad visual

Debido principalmente a la localización y distribución de las nuevas viviendas en sus terrenos, la pertinencia de la reja



Residencia de la familia Montes Molina, Mérida, Yucatán.
Fotografía: GNAL, 2010

como elemento de control de la propiedad fue incuestionable. La herrería como componente de seguridad se trasladó hacia el límite de lo propio, los barrotes de hierro abandonaron a los vanos de las ventanas y a los postigos para reconstituirse al margen de la calle. Las rejas permitían las fugas visuales bidireccionalmente compensándose de forma virtual lo reducido del lote y posibilitando que las edificaciones se percibieran dentro de un contexto más grande, aunque también desde el interior de las habitaciones, desde donde las familias podían observar y participar de muchos acontecimientos de la ciudad sin estar necesariamente en ella. Los enverjados eran más robustos

e imponentes, y en ellos se reflejaba la preferencia por los modelos franceses, ingleses o norteamericanos.⁵

Las concentraciones ornamentales dispuestas en módulos a lo largo de la reja estaban constituidas esencialmente por roleos, nudos y caracoles, en el entendido que la naturaleza era la inspiración única del verdadero artista.⁶ La vida de las calles permeaba lentamente a través de ellos, sus sonidos recorrían los jardines, llegaban a las zonas de servicio, y con sus detalles adornaban, bordeaban, marcaban y enfatizaban los límites de las propiedades revelando las bellezas que se encontraban en el jardín inmediato.

La reja permitía que el jardín privado embelleciera el espacio público. Sus árboles proveían sombra a la banqueta y colorido a los ojos de transeúntes, contribuyendo así a la modernización del espacio público. La casa, como símbolo de *status* social, podía ser admirada, mas no se podía tener acceso a ella. La reja hacía patente el control sobre este espacio privado.

El jardín delantero: filtro de la intimidad

Haciendo gala de su nombre, el jardín se personalizó como cerco o límite, y cobró importancia como elemento de recogimiento y protección del exterior; sus múltiples variantes trataban de recuperar gran parte de la calidad de vida pretérita e intentaban emular las condiciones habitacionales de las viviendas campesinas.⁷

El jardín y sus plantas fueron un reflejo discreto de la capacidad del hombre para domesticar a la naturaleza, de su intento por contener las estaciones y de tender un vínculo entre él y el espacio exterior;⁸ fueron pues resultado del carácter, de la cultura y de un gusto muy particular no sólo del creador, sino de quien lo iba a disfrutar, así como también de quien lo atendía y mantenía. Por ello, el hacer un jardín –desde su diseño hasta su construcción– implicaba de un conocimiento técnico y estético integral en conjunción a las demandas sociales del momento.⁹

5 Entre los catálogos disponibles se tenían los de Macfarlane Castings y los trabajos de A. Durrenne Maître de Forges a Sommevoire, los de la fundición Le Val d'Osne, así como aquellos de la fundición Pignone. Mónica Silva, "Hierro fundido en plazas y cementerios del siglo XIX: Caracas y Valencia entre incontables ciudades", en *Apuntes*, vol. 18, núm. 1, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2005, p. 90-105. Para el caso de México véase Artes de México, *El Arte del Hierro Fundido*, núm. 72; y Lourdes Díaz, "Mobiliario Urbano del porfiriato en la ciudad potosina", conferencia presentada en el "Seminario de Investigación del Hábitat", San Luis Potosí, San Luis Potosí, 2006.

6 En 1875 surgió la primera fundición de Mérida cuyo propietario era Antonio Enseñat. Véase *La Revista de Mérida*, año 8, Mérida, Imprenta del Comercio, 19 de diciembre de 1876. Para el año de 1880 y debido al vertiginoso avance constructivo característico de la época, ya existían en el estado más de 160 herrerías. Véase Serapio Baqueiro, *Reseña geográfica, Histórica y Estadística del estado de Yucatán*, México, Imprenta Díaz de León, 1881, p. 146. El incipiente auge de la herrería y forja en el estado no es un hecho aislado ni particular, ya que la tradición de los grandes forjadores mexicanos –iniciada en el siglo XVI– declinó durante el siglo XIX e inició su recuperación hasta el XX. Véase Luis Islas, "El Arte del Hierro Forjado", en *Artes de México*, segunda época, núm. 8, México, 1966, p. 12.

7 Las palabras "jardín", "huerto" y "parque" derivan de voces antiguas que significan "cercado". Véase María Alberti, "La casa conquista al jardín-El jardín conquista la casa", en *Revista de Arquitectura*, núm. 288, Buenos Aires, diciembre de 1944, pp. 571-573.

8 Véase Francesco Fariello, *La arquitectura de los jardines. De la antigüedad al siglo XX*, Madrid, Mairera/Celeste, 2004, pp. 9 y 12; Philippe Ariès, Georges Duby, *Historia de la vida privada. Sociedad burguesa: aspectos concretos de la vida privada*, Barcelona, Taurus, 1992, p. 1.

9 Francesco Fariello, *op. cit.*, p. 245



Familia en su jardín. Fuente: Fototeca "Pedro Guerra", Universidad Autónoma de Yucatán

El jardín, dependiendo de su complejidad y composición estética, podía ser entendido por unos como una pequeña obra de arte y, por otros, como un entorno propio para reconciliarse con la naturaleza y conciliarse con el mundo exterior.¹⁰ Muchos tuvieron como fuente de inspiración los múltiples viajes a Europa, en donde los yucatecos visitaron viviendas campestres europeas, estuvieron en contacto con libros temáticos y conocieron propuestas de los diseñadores de paisaje de la época.¹¹

Lindos palacetes y aristocráticas casquinatas se levantan a ambos lados del paseo y en sus recintos se cultivan aromosos naranjos y toda clase de frutales. Enredaderas de todos colores suben por muros y tapias. Lirios, rosas, azucenas y otras mil bellas y perfumadas flores, en eterna primavera, engalanan los jardines, pues los molinos de viento giran sin cesar vertiendo chorros de agua para el regadío de huertos y jardines que embalsaman las mañanas, las tardes y las serenas noches meridanas.¹²

La gran mayoría de las casas recién edificadas, como las de José Díaz y Díaz, Ernesto Lizárraga Patrón y Álvaro Medina Ayora,¹³ presentaban un remetimiento en relación a la calle (que en promedio oscilaba entre tres y doce metros de longitud), mismo que se encontraba dividido por un andador mediante el cual se llegaba a las escaleras de acceso a la vivienda. Sólo algunas cuantas casas, como la residencia de Dn. Juan Berzunza, la villa San Fernando de Dn. Alfonso Allouid y la residencia de la familia Peón conocida como "El Pinar", tenían un magnífico jardín delantero de más de cuarenta metros de profundidad, con un acceso tanto peatonal como vehicular, flanqueado por

¹⁰ *Ibid.*, pp. 9 y 10

¹¹ Entre las publicaciones extranjeras relacionadas con los jardines se encuentran la de Thomas Mawson (*The Art and Craft of Garden Making*, London, Batsford, 1912); en ella hay recomendaciones como: "[...] although they may not be in the same styles as the old work, it is equally desirable to give character and distinction to such details by attention to their design and placing. This does not mean that they should be overloaded with needless ornamentation, but that their necessary parts should be so designed as to harmonize with one another and with their surroundings[...]" ("[...] aunque no sean los mismos estilos que en los trabajos antiguos, es igualmente deseable dotar de carácter y distinción con los detalles derivados del diseño y ubicación. Esto no significa que estos deben de estar sobrecargados con ornamentación innecesaria pero aquello necesario debe de ser diseñado de tal manera que armonice entre ellos y con su contexto") Traducción: GNAL. También obras como la de Charles Thorger: *The book of garden furniture Description des principaux Parcs et Jardins de L'Europe y Traité pratique et Didactique De L'art des Jardins*, entre muchas otras.

¹² Narcisa Trujillo, "El paseo de Montejo", en Fausto Hijuelos, *Mérida, Monografía*, México, SEP, 1942, p. 153.

¹³ Todas estas viviendas se edificaron en el Paseo de Montejo. En la actualidad sólo una de ellas queda en pie: la del doctor Ayora, hoy propiedad de una compañía de telefonía.



Residencia "El Pinar", Mérida,
Yucatán. Fotografía: GNAL, 2010

árboles frutales y palmeras en medio de extensas áreas de césped.¹⁴

Los pequeños jardines delanteros, que separaban a la casa del contacto con la calle, estaban constituidos esencialmente por césped, rosales y algunas otras especies de ornato; algunas casas contaban también con una fuente para pájaros, bancas o algún otro elemento ornamental principalmente de hierro. En estos, era realmente difícil ver a algún integrante de la familia; los niños no se acercaban a él, mientras que el señor rara vez lo cruzaba al llegar a su hogar. Las señoritas de la casa no podían usarlo, debido a su proximidad al ámbito público y consecuentemente con la gente que transitaba por ahí. El contacto franco con el jardín se daba sobre todo al celebrarse una fiesta, cuan-

do las bancas que flanqueaban el camino de acceso se ocupaban y las ventanas dejaban salir la claridad del interior, mientras que las puertas se abrían de par en par para recibir a los invitados. El diálogo entre el adentro y el afuera se fortaleció, y el interior y el exterior se fusionaron.

Todos estos jardines se podían ver a través de las rejas, y fueron creados para amortiguar el bullicio de la calle, para satisfacer las exigencias higiénicas y recreativas del positivismo, al tiempo que se distraían las miradas no deseadas de los curiosos y permitían la percepción de la grandeza de la vivienda y de sus moradores, pero prevaleciendo la conciencia de que la fluidez y el intercambio entre el adentro y el afuera se entendía como sinónimo de vida y posibilidad de transformación.

14 Estas residencias se encontraban en la calle 60, entre avenida Colón y 35 del centro de la ciudad.

Las ventanas y balcones: los ojos de la casa

Con la pavimentación de las calles y la aparición de los jardines, los elementos de control ambiental también se modificaron. Las puertas y ventanas de las casas dejaron de ser monolíticas e infranqueables, y se volvieron más transparentes para poder observar y disfrutar de la naturaleza inmediata, propia, dócil y domesticada.

Las perforaciones de las ventanas se disponían rítmicamente a lo largo de las fachadas y, si bien se conservaba la verticalidad y proporción 1:2 o 2.5, el aumento del porcentaje de vano sobre el macizo se hizo patente. No todas las ventanas en planta baja llegaban al piso, y cuando lo hacían, algunas eran infranqueables físicamente, ya que estaban limitadas por balaustradas o elaborados protectores de herrería. Sin embargo, las ventanas en planta alta, al estar mucho más lejos de la calle, se presentaban plenas con bellos balcones gravitando en las fachadas, siempre bordeadas por molduras y remates de todos los modelos posibles, elementos que al mismo tiempo enfatizaban la verticalidad de las perforaciones y equilibraban la tendencia horizontal del volumen.

Estas ventanas y balcones de las plantas altas eran el lugar predilecto de las mujeres para ver lo que ocurría en el ámbito urbano, casi sin ser percibidas. Por las tardes, arropadas por las cortinas, se asomaban para ver la calle, sentir la brisa fresca y comentar sobre los transeúntes cotidianos. Si bien, en apariencia se perdió algo del vínculo directo entre el interior de la casa y el exterior, con el

empleo del cristal la relación se fortaleció supliendo proximidad con transparencia. Así, poco a poco las ventanas perdieron su corporeidad, mas no su presencia.

La vinculación

Desde las grandes rejas que delimitaban el ámbito público del privado, los caminos de acceso a la vivienda vinculaban sobriamente la calle con la casa, marcando un eje de composición y de direccionalidad, indicando el punto más importante del conjunto y dominando simbólicamente al visitante; su disposición ayudaba a definir la primera impresión de toda la propiedad.



Residencia de la familia Cámara. Fotografía: GNAL, 2010

Con regularidad, las viviendas porfiristas estaban desplantadas del suelo, lo que implicaba encontrarse con escaleras que ascendían hasta el acceso principal. Esta escalinata estaba bordeada por balaustradas construidas en mármol, y tenían elegantes pasamanos que remataban con copones o maceteros que le daban una sensación agradable e imponente. Con diseños más simples, su longitud era variable, aunque siempre más ancha en la parte inferior, recibiendo a las visitas, y más angosta en la parte superior al llegar al *foyer* o pórtico; sin embargo, su sección siempre era lo suficientemente amplia como para que una pareja la recorriera sin tener problema alguno con su vestimenta.



Residencia de la familia Montes Molina.
Fotografía: GNAL, 2010

Al término de la escalera estaba un pórtico que enfatizaba la transición entre el interior y el exterior. De grandes proporciones, el pórtico de acceso vinculaba de forma funcional tres espacios: por un lado la escalera, en el interior el vestíbulo y lateralmente la terraza o *loggia*. Regularmente estaba enmarcado por columnas de fuste circular, texturizadas y rematadas con ostentosos capiteles, al centro se localizaba un dintel con el monograma de la familia, reivindicando el ser y tener de la sociedad porfirista.

Las *loggia* delanteras o pórticos fueron muy ricos en sus manifestaciones formales y en sus relaciones espaciales. Proveían de espacios espontáneos para el descanso con sombra y asientos, muchas veces en una de las acostumbradas y cómodas mecedoras norteamericanas *Bentwood*.¹⁵ Estos espacios eran tanto recibidores como pequeños espacios de reunión, que en su momento servían de transición y continuidad entre el afuera y el adentro al abrirse las ventanas del área social. Las terrazas y los pórticos siempre fueron complemento de los jardines y al mismo tiempo continuidad de algunas piezas de la casa, ya que algunas recámaras principales las tenían, así como los comedores y los salones. El vínculo reforzaba tanto el interior como el espacio exterior, ya que se abrían las visuales hacia el jardín, y las vistas de éste hacia la casa permitían que la vivienda apareciera sutilmente y no constituida monolíticamente; reforzando esta condición, las terrazas estaban delimitadas por balaustradas.

¹⁵ Channing Arnold y Frederick Tabor, *The American Egypt, a record of travel in Yucatán*, New York, Doubleday, 1909, p. 72.

Por su parte, las puertas habían perdido gran parte de su robustez, pero no su carga simbólica. La dimensión de ésta era, la más de las veces, referente del estrato económico del propietario de la casa, y al ser imponentes, de una u otra manera eran la última frontera a vencer. Estaban construidas de madera en dos hojas y tableros moldurados, mismos que podían ser substituidos parcialmente por paños de vidrio con detalles al esmeril, y estaban protegidos por herrería. En su remate se encontraba el monograma de la familia, o bien, el número de la casa, representando el ser y estar en la sociedad decimonónica.¹⁶ En ocasiones, las puertas eran de herrería con cristal transparente, con diseños tan caprichosos y abigarrados que era difícil percibir lo que pasaba transponiéndola.

Otro límite no explícito se presentaba en la relación entre el pórtico y el vestíbulo, ámbito donde se llevaba a cabo el rito del saludo inicial, de la recepción y también el de despedida, todos seguidos de manera ortodoxa por la élite porfirista; también ahí se organizaba y compartimentaba el espacio, este último como mudo testigo de las posibilidades de la vida mundana.

El vestíbulo, como espacio intermedio y vinculante entre el adentro y el afuera, a manera de transepto ordenaba y articulaba la casa en relación a sus gradientes de intimidad y zonas funcionales. También enfatizaba el eje de composición de la vivienda y debido a su ubicación estratégi-

ca, marcaba los recorridos a desarrollarse por la servidumbre, por los propietarios de la casa y por los visitantes; también condicionaba la dirección de las miradas de propios y extraños.

En este espacio se empezaba a observar la obsesión por la acumulación maniática¹⁷ que caracterizó a la sociedad porfirista, y que no necesariamente denotaba buen gusto. Distribuidos en las paredes lisas se veían retratos que atestiguaban el éxito familiar,¹⁸ colgados de tal manera que limitaban visualmente el espacio, bajando su altura. Este espacio también albergaba un sinfín de objetos, adquiridos en los viajes, devenidos de las raíces familiares o adminículos nacionales exclusivos que en su conjunto conformaban una gran exhibición que ejemplificaba la relación materialista entre el querer, el poder y el tener.



Residencia de la familia Ayora. Fotografía: GNAL, 2010

16 Carlos Moreno, *Espanoles y criollos, largas historias de amores y desamores: La casa y sus cosas*, Buenos Aires, ICOMOS, 1994, p. 145.

17 Phillippe Ariés y Georges Duby, *Historia de la vida privada. Sociedad burguesa: aspectos concretos de la vida privada*, Barcelona, Taurus, 1992, p. 25.

18 *Ibid.*, p. 125.



Residencia de la familia Montes Molina.
Fotografía: GNAL, 2010

Conclusiones

Durante las últimas dos décadas del siglo XIX y los primeros años del XX, la élite mexicana en general, y la yucateca en particular, vivió en una atmósfera dicotómica. Eran tanto materialistas como románticos, aceptaron todas las innovaciones tecnológicas, se adaptaron a muchas circunstancias nuevas y, al mismo tiempo, vivieron una vida refinada en donde el idealismo prevalecía sobre la realidad.

Obsesionados con el exterior, temerosos de lo popular, la élite yucateca consolidó la materialización de la modernidad, con una madurez simbólica y funcional en sus casas en donde cada espacio respondía a un orden, a una racionalidad y a una intención, derivando en una concepción espacial y formal que perduraría por mucho tiempo, afianzándose en la memoria y volviéndose parte del imaginario colectivo regional.

La casa se fortaleció como el sitio donde la vida privada, lo más profundo del ser, se

debía de mantener oculto, y para ello, las viviendas se construyeron con propuestas sui géneris en su relación con el exterior. Poniendo distancia de por medio, las rejas y los jardines demarcaron la propiedad y el ámbito individual, consolidando el concepto distancia-límite; por otra parte, si bien se debilitó la relación entre la calle y la casa, el vínculo entre interior y exterior nunca había sido tan equilibrado, empleando para ello elementos de un lenguaje que simbólicamente expresaba orden, protección y representación.

Al paso del tiempo, estos planteamientos espaciales novedosos se fueron fortaleciendo en el lenguaje de las viviendas de la renovada élite yucateca posrevolucionaria. La vivienda del cambio de siglo fue la simiente de la vivienda moderna yucateca, consolidando sus atributos y relaciones espaciales, transmutando únicamente sus expresiones formales.

En la actualidad, las viviendas porfiristas aún forman una parte muy importante de la imagen de la ciudad, tanto en su centro como en entornos construidos al término del siglo. Muy a pesar de las transformaciones que han sufrido, su esencia permanece e incluso se podría decir que se fortalece cada día más al acompañarse de un imaginario colectivo apegado al romanticismo de la *belle époque*.

Si bien muchas casas se han perdido en aras de una mal entendida modernidad, las más importantes residencias porfiristas ahora se encuentran principalmente en manos de extranjeros o de empresas transnacionales, quizás debido a la necesidad de contar con solvencia económica para mantenerlas, o al alto aprecio que este tipo de arquitectura despierta entre

propios y extraños, o bien por su significado como objeto del poder y del buen gusto.

Unas son museos, exclusivos salones de fiestas u hoteles de gran turismo; otras más, restaurantes, galerías de arte o viviendas

particulares; sin embargo, lo más importante radica en el uso constante que se les dé, con la intención de mantenerlas siempre con vida y así garantizar su perpetuidad. ■

Bibliografía

- Ancona, Roberto, Ramón Riancho, "Arquitectura y Urbanismo en Mérida durante el Porfiriato", en *Cuadernos de Arquitectura de Yucatán*, núm. 1, FAUADY, Mérida, 1987
- Ancona, Raúl, "Arquitectura Civil en Mérida Colonial", en *Cuadernos de Arquitectura de Yucatán*, núm. 1, FAUADY, Mérida, 1987
- Arana, Gladys, *La Vivienda de la Burguesía en Mérida al Cambio de Siglo (1886-1916). La vida cotidiana en el ámbito privado*, tesis que para optar para el grado de doctor en Arquitectura presentada en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, 2011
- Ariés, Phillippe, y Georges Duby, *Historia de la vida privada. Sociedad burguesa: aspectos concretos de la vida privada*, Barcelona, Taurus, 1992.
- Arnold, Channing, y Frederick Tabor, *The American Egypt, a record of travel in Yucatán*, Nueva York, Doubleday, 1909.
- Barbachano, Manuel, *Costumbres y vivencias de Mérida*, Mérida, México, Maldonado, 1972.
- Baqueiro, Serapio, *Reseña geográfica, Histórica y Estadística del estado de Yucatán*, México, Imprenta Díaz de León, 1881.
- Barceló, Raquel, "La búsqueda del confort y la higiene en Mérida, 1860-1911", en Pilar Gonzalbo (dir.) y Anne Staples (coord.), *Historia de la vida cotidiana en México, Bienes y vivencias. El siglo XIX*, México, FCE-COLMEX, 2005.
- Chico, Pablo, "Sitio y arquitectura coloniales", en Universidad Autónoma de Yucatán, *Atlas de procesos territoriales de Yucatán*, UADY, Mérida, 1999.
- De Montejo y Baqueiro, Francisco, *Mérida en los años veinte*, Mérida, México, Maldonado, 1981.
- Díaz, Lourdes, *Mobiliario Urbano del porfiriato en la ciudad potosina*, trabajo presentado en el Seminario de Investigación Hábitat 2006, San Luis Potosí, 2006.
- Estrada, Estela (coord.), *El arte y la Vida Cotidiana*, México, IIE, 1995.
- Evia, Ena, *Historia y vida cotidiana en Yucatán*, Mérida, México, ICY/PACMIC/CONACULTA, 2003.
- Fariello, Francesco, *La arquitectura de los jardines. De la antigüedad al siglo xx*, Madrid, Mairea/Celeste, 2004.
- Hijuelos, Fausto, *Mérida, Monografía*, México, SEP, 1942.
- Manzanilla, Feliciano, *Elementos de Fisiología e Higiene Privada*, Mérida, México, Tipografía Echánove y López, 1884.
- Martínez, Luisa (comp.), *El Porfiriato*, México, UAM-A, 2006.
- Meex, Claudio, *Anécdotas Yucatecas (reconstrucción de hechos)*, copia facsimilar hecha por José Díaz Bolio y J. Guy Puerto y Puerto, Mérida, México, José Díaz Bolio y J. Puerto, 1982
- Moreno, Carlos, *Espanoles y criollos, largas historias de amores y desamores: La casa y sus cosas*, Buenos Aires, ICOMOS, 1994.
- Peniche, Roldán, *La noticia curiosa en el siglo XIX*, Mérida, México, ISSTEY, 1993.
- Robinson, Marie, *Picturesque Mexico*, Filadelfia, J.B. Lippincott Company, 1897.

Hemerografía

- Alberti, María, "La casa conquista al jardín-El jardín conquista la casa", en *Revista de Arquitectura*, núm. 288, Buenos Aires, diciembre de 1944.
- Islas, Luis, "El Arte del Hierro Forjado", en *Artes de México*, segunda época, núm. 8, México, 1966.
- Ariés, Phillippe, "De la solidaridad al anonimato. La vida privada desde la Edad Media al siglo XVIII", en *AV monografías*, núm. 14, Madrid, 1988.
- La Revista de Mérida*, 19 de diciembre de 1876, Mérida.